

Segunda parte

Saque la viga de su ojo

*¿Cómo puedo mostrar la obra de Jesús
en mí asumiendo la responsabilidad
por mi contribución al conflicto?*

¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano.

Mateo 7:5

Por fin había llegado su oportunidad. Apretando en su mano el papel donde había escrito lo que iba a decir, Mark se sentó en el primer asiento, listo para darles a los ancianos su merecido. Seis meses atrás no habían querido apoyar su promoción a pastor principal. Habían permanecido en silencio mientras era calumniado en una reunión de la congregación. Peor aún, algunos de ellos habían hablado de él repetidamente a sus espaldas, expresando sus dudas acerca de su capacidad para cubrir las responsabilidades del pastor que estaba por jubilarse.

Luego de meses de una tensión cada vez mayor, los ancianos finalmente llamaron a un equipo de conciliadores capacitados de *Peacemaker® Ministries*. Durante dos visitas de tres días cada una, los conciliadores enseñaron a la congregación acerca de la pacificación, facilitaron discusiones personales y alentaron a Marcos y a los ancianos a dar un ejemplo a la iglesia reconociendo sus propias contribuciones al problema. Pero Marcos no podía dejar de lado su percepción de que los repetidos pecados de los ancianos contra él superaban largamente los pocos errores que había cometido él.

Ahora, con la segunda ronda de reuniones de fin de semana llegando a su fin, los ancianos harían una confesión como cuerpo de sus errores ante la congregación. Sin embargo, la declaración preparada de ellos no fue tan lejos como Marcos y su esposa pensaban que debía, así que él y Diana planeaban ampliar públicamente los pecados de los ancianos contra ellos.

Al comenzar el servicio, uno de los conciliadores dio un breve mensaje sobre la reconciliación y luego explicó las metas y el formato de la reunión. Luego entregó el micrófono al anciano principal. Leyendo una declaración preparada, reconoció varias formas en que los ancianos habían agraviado al pastor Marcos. Luego miró directamente a Marcos y Diana y les dijo: “Hemos pecado contra ustedes dos y les hemos causado mucho dolor. Lo lamentamos muchísimo”. Era evidente, por las lágrimas en sus ojos y la emoción de su voz, que estaba hablando desde el corazón.

Luego otro anciano pasó al frente, confesó sus propios errores y pidió perdón al pastor asociado y a la congregación. Un tercer anciano hizo lo propio. Los conciliadores habían esperado que sólo dos o tres hablaran, pero en poco tiempo siete de los nueve ancianos

habían pasado al frente para agregar sus confesiones personales a la declaración que se había leído.

Marcos estaba luchando con sus pensamientos. Seguía enojado y dolido, pero las palabras de los ancianos habían creado una grieta en el muro que había construido alrededor de su corazón. Su esposa sintió que él necesitaba unos instantes para ordenar sus ideas, así que se paró y pasó al micrófono.

Volviéndose hacia los ancianos, Diana dijo: “Vine esta noche pensando decirles a todos cuánto nos habían lastimado a Marcos y a mí. Pero en los últimos minutos Dios me ha mostrado cuán equivocado he estado *yo*, y finalmente entiendo lo que el Señor ha intentado decirme en 1 Juan 3:15. Al aferrarme a mi odio, he estado asesinando a cada uno de ustedes en mi corazón durante meses. Soy mucho más culpable que ustedes. Ciertamente los perdono y les pido que me perdonen a mí”. Al volver a su asiento el rostro de Diana mostraba la libertad que sentía. Su amargura había desaparecido.

Los pies de Marcos parecían de plomo cuando se levantó y caminó hacia el micrófono. La lucha en su corazón estaba llegando a su clímax. Podía aferrarse a su ira y tratar de hacerles pagar a los ancianos el dolor que le habían causado, o podía encontrar libertad y paz perdonándolos y confesando sus propios errores. Con una emoción creciente, se dio cuenta de que no podía hacer ambas cosas.

Ayúdame, Dios, oró silenciosamente mientras llegaba al micrófono. De pronto sus dedos se abrieron y sus notas cayeron al piso. Volviéndose hacia los ancianos pronunció palabras que jamás había esperado decir esa noche.

“Diana está equivocada. Soy *yo* en realidad la persona más culpable de todas. Como pastor asociado debería haber dado un ejemplo de humildad y sumisión. Debería haber confiado que Dios trabajaría a través de los ancianos y la congregación para elegir al próximo pastor principal para esta iglesia. En cambio, dejé que mi deseo de este cargo me controlara, así que tomé la cuestión en mis propias manos. Me exalté a mí mismo y me asumí una actitud defensiva cuando la gente me hizo preguntas sinceras acerca de mis capacidades. Me enojé porque las personas estaban hablando a mis espaldas, pero luego hice exactamente lo mismo. En vez de ir a hablar con quienes habían hablado en contra de mí, los eludí y me revolqué en el resentimiento. Aun cuando algunas personas me pidieron perdón, me rehusé a perdonarlas. He fracasado miserablemente como pastor. Y, peor aún, he arrastrado a Diana en esta amargura. Pido a Dios su perdón, y espero que Él les dé la gracia para perdonarme también”.

Los ancianos se pusieron de pie como un solo hombre para abrazar a Marcos. Extendieron sus brazos y la atrajeron a Diana hacia el círculo. Luego de unos instantes, se escuchó otra voz detrás de ellos. Se habían puesto dos micrófonos adicionales delante de la congregación. Un hombre mayor se paró delante uno de ellos, queriendo asumir su parte de la culpa. Antes que hubiera terminado de hablar, una mujer se había acercado al otro micrófono, impulsada por el mismo Espíritu a encontrar la paz a través de la confesión. Luego otro miembro y otro más confesaron pecados, calumnias, espíritu de división y dureza de corazón. Cada uno se señalaba a sí mismo. Cada persona se volvió su propia acusadora.

Luego de cuarenta y cinco minutos de confesión, cayó silencio sobre toda la congregación. Uno de los conciliadores cerró la reunión en oración. Cuando finalizó, sintió que Dios no había terminado de obrar. Así que sugirió a la gente que se diera vuelta y se saludaran mutuamente con la verdad exultante: “¡El Señor ha perdonado todos tus pecados!”. Las personas compartieron estas buenas nuevas unos con otros y se abrazaron y

hablaron durante tanto tiempo que los conciliadores terminaron retirándose en silencio. Sabían que estas personas estaban en buenas manos: las manos de Dios.



Este incidente es uno de los muchos ejemplos reales del “Resultado de Oro”. El Resultado de Oro es un corolario de la Regla de Oro, que nos llama a hacer a los demás lo que nos gustaría que nos hicieran a nosotros. El Resultado de Oro dice que *las personas en general nos tratarán como nosotros las tratamos a ellas*. Si culpamos a otros por un problema, en general nos culparán a nosotros a cambio. Pero si decimos: “Me equivoqué”, es asombroso cuán a menudo la respuesta será: “Fue mi culpa también”.

He visto este resultado en cientos de casos a lo largo de los últimos veintiún años. Sea que la disputa involucre una reyerta personal, un divorcio, una demanda legal o una división de iglesia, las personas generalmente se tratan como son tratadas. Cuando una persona ataca y acusa, la otra hace lo mismo. Y cuando Dios mueve a una persona a empezar a sacar la viga de su propio ojo, raramente la otra persona deja de hacerlo.

El Resultado de Oro ocurre más frecuentemente con personas que entienden y aman el evangelio. Cuando reconocemos que nuestros propios pecados son tan serios que Jesús tuvo que morir por nosotros, y recordamos que Él nos ha perdonado todas nuestras faltas, podemos renunciar a nuestra ilusión de autojustificación y reconocer libremente nuestras fallas. Cuando lo hacemos, experimentamos el maravilloso regalo del perdón de Dios. Y, en muchos casos, estará complacido en usar nuestras confesiones para ayudar a otros a ver las vigas de sus ojos.

¿Vale la pena realmente pelear por esto?

El buen juicio hace al hombre paciente;
su gloria es pasar por alto la ofensa.

Proverbios 19:11

Jesús tuvo mucho que decir sobre la resolución de conflictos. Uno de sus mandamientos más conocidos se registra en Mateo 7:3–5:

¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo, y no le das importancia a la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Déjame sacarte la astilla del ojo”? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano.

Este pasaje a veces se interpreta como una advertencia contra hablar con otras personas acerca de sus faltas. Pero si lo lee cuidadosamente verá que no prohíbe la corrección amorosa. Más bien, prohíbe la corrección *prematura e indebida*. Antes de hablar a otros acerca de las faltas de ellos, Jesús quiere que usted enfrente los suyos propios. Una vez que haya tratado con *su propia* contribución al conflicto, podrá hablar a otros sobre los de ellos.

Al examinar su papel en el conflicto, es útil considerar dos tipos de fallas. Primero, usted podría tener una *actitud exageradamente sensible*, que lo lleva a ofenderse demasiado fácilmente por el comportamiento de los demás. Segundo, usted podría haber contribuido al conflicto a través de su propio *comportamiento pecaminoso*. Veremos los problemas de actitud en este capítulo y los temas de comportamiento en los siguientes dos capítulos.

Defina los temas

Al evaluar su propio papel en el conflicto, es útil definir claramente los temas que lo separan de los demás. Los conflictos generalmente involucran dos tipos de temas: materiales y personales. Los temas *materiales* involucran asuntos sustantivos, como propiedades, dinero, derechos y responsabilidades. Estos temas pueden expresarse mediante preguntas como: ¿Dónde pasaremos nuestras vacaciones? ¿Deberíamos construir una nueva iglesia? ¿Cuánto dinero le debe Eduardo a Susana? ¿Cómo podemos lograr que se venda esta propiedad? ¿Era lo correcto que Guillermo despidiera a David? ¿Violó el contrato Alicia? Estos temas generalmente deben ser resueltos a través de una *negociación cooperativa*, que se describirá en el capítulo 11.

Los temas *personales* tienen que ver con lo que ocurre dentro o entre personas. Estos temas involucran nuestras actitudes y sentimientos hacia los demás, que son producto de cómo nos hemos tratado unos a otros. Generalmente se expresan en pensamientos y

afirmaciones como: “Me duele que me hayas mentido”. “Ella es obstinada e irracional”. “No me gusta la forma en que siempre me critica”. “Estoy seguro que está tratando de hacerme trampa”. “Hiciste eso sólo para hacerme quedar mal”. En general, esta clase de temas deben ser resueltos ya sea *pasando por alto* una ofensa o mediante *confesión, corrección amorosa y perdón*, que se tratarán en los próximos capítulos.

Algunas disputas involucran sólo temas materiales, mientras que otras sólo incluyen temas personales. Sin embargo, en la gran mayoría de conflictos ambos tipos de problemas quedan entremezclados. Esta conexión se ilustra en forma sucinta en Lucas 12:13–15: “Uno de entre la multitud le pidió: ‘Maestro, dile a mi hermano que comparta la herencia conmigo’... ¡Tengan cuidado!’, [Jesús] advirtió a la gente: ‘Absténganse de toda avaricia; la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes’”. El tema material en este conflicto era: ¿Cómo debería dividirse la herencia familiar? Los temas personales incluían la avaricia y el distanciamiento de los hermanos, que les impedía resolver el tema material de una forma cooperativa y generosa.

Los temas materiales y personales en general se alimentan y agravan mutuamente. Esta dinámica puede convertir desacuerdos menores en verdaderas reyertas. Por ejemplo, cuando llego a casa de un largo viaje, estoy deseando la maravillosa comida que cocina mi esposa. Ella, por otra parte, a menudo está cansada de cocinar y preferiría comer afuera. El tema material es bastante sencillo, ¿no es cierto?: ¿Deberíamos comer en casa o afuera esta noche? Pero este sencillo tema a veces ha escalado, convirtiéndose en un conflicto. Si Corlette me presiona para comer afuera, a veces me he quejado que a ella no le importa lo hartito que estoy de la comida de restaurantes. Y ella ha reaccionado con un comentario acerca de mi insensibilidad por lo que ha trabajado ella en mi ausencia. Yo replico con un comentario sobre la necesidad de cuidar el presupuesto y ella replica con un cuestionamiento de mi nueva computadora. En poco tiempo los temas de comer afuera, el egoísmo, la falta de sensibilidad, las responsabilidades domésticas y mi nueva computadora están todos enmarañados en un lío impresionante.

Una vez que surgen estas combinaciones de temas, rara vez uno puede resolver los temas materiales satisfactoriamente a menos que trate los temas personales asociados. Primero, debe dejar de incorporar nuevos temas, y luego debe examinar los temas que ya han surgido. Trate de ponerse de acuerdo sobre el tema o los temas materiales principales. (¿Deberíamos comer en casa o salir esta noche?). Luego identifique los principales temas personales. (Corlette está cansada de cocinar. Ken está hartito de los restaurantes. Corlette siente que no saben valorarla. Ken piensa que Corlette está siendo egoísta.) Luego detalle los temas secundarios. (¿Está Corlette descuidando nuestro presupuesto? ¿Necesitaba Ken realmente la nueva computadora? ¿Debería Ken aprender a cocinar?).

Una vez ordenados y clasificados los temas, usted puede empezar a decidir qué pasos dar para resolver el problema. Generalmente es útil mirar cada tema y preguntar: “¿Vale la pena realmente pelear por esto?”. Cuando hay temas personales y materiales significativos, la respuesta a esta pregunta será “sí”, y usted deberá seguir los pasos descritos de los capítulos siguientes. (En general, es útil abordar los principales temas personales primero, lo cual a menudo conduce a avances en temas materiales. En otras ocasiones, usted tendrá que alternar entre temas personales y materiales, donde el avance en un área abre el camino para el avance en otras.)

En muchos casos, sin embargo, si usted considera un tema específico desde una perspectiva bíblica, se dará cuenta de que simplemente no vale la pena pelear por él. Esta clase de asuntos deberían ser descartados o arreglados lo más rápida y silenciosamente

posible. A continuación tiene algunos principios que lo ayudarán a discernir cuándo un tema debe ser pasado por alto y cuándo debe ser seguido.

Pase por alto ofensas menores

En muchas situaciones, la mejor forma de resolver un conflicto es simplemente pasar por alto las ofensas personales de otros. Este enfoque es elogiado mucho en la Biblia:

“El buen juicio hace al hombre paciente; su gloria es pasar por alto la ofensa” (Proverbios 19:11; ver 12:16; 15:18; 20:3).

“Iniciar una pelea es romper una represa; vale más retirarse que comenzarla” (Proverbios 17:14; ver 26:17).

“Sobre todo, ámense los unos a los otros profundamente, porque el amor cubre multitud de pecados” (1 Pedro 4:8; ver Proverbios 10:12; 17:9).

“Siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor” (Efesios 4:2).

“De modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes” (Colosenses 3:13; ver Efesios 4:32).

Cuando pasamos por alto los agravios de otros, estamos imitando el extraordinario perdón de Dios para con nosotros: “El Señor es clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor. No sostiene para siempre su querrela, ni guarda rencor eternamente. No nos trata conforme a nuestros pecados, ni nos paga según nuestras maldades” (Salmos 103:8–10).

Dado que Dios no nos trata severamente cuando pecamos, debemos estar dispuestos a tratar a los demás de forma similar. Esto no significa que debemos pasar por alto todos los pecados, pero sí requiere que pidamos a Dios que nos ayude a discernir y pasar por alto los agravios menores.

Pasar por alto ofensas es apropiado bajo dos condiciones. Primero, la ofensa no debe haber creado una pared entre usted y la otra persona, ni debe haber hecho que usted se sienta de forma diferente hacia ella durante más que un breve período de tiempo. Segundo, la ofensa no debe estar causando un daño serio a la reputación de Dios, a otras personas o al ofensor. (Discutiremos estos criterios con mayor detalle en el capítulo 7.)

Pasar por alto no es un proceso *pasivo* en el cual uno simplemente permanece en silencio por el momento pero archiva la ofensa para usarla más adelante contra alguien. Esta es, en realidad, una forma de negación que puede conducir fácilmente a dar vueltas sobre la ofensa y acumular amargura y resentimiento contra la persona y terminará explotando en ira. En cambio, pasar por alto es un proceso *activo* inspirado por la misericordia de Dios a través del evangelio. Pasar por alto una ofensa realmente significa decidir deliberadamente no hablar acerca de ella, no pensar en ella ni dejar que se convierta en amargura contenida. Si usted no puede echar al olvido una ofensa de esta forma, si es demasiado seria como para pasarla por alto, o si sigue formado parte de un patrón en la vida de la otra persona, entonces tendrá que ir a hablar con ella al respecto de una forma amorosa y constructiva.

Verifique su actitud, y cámbiela

Una de las razones por las que a veces nos cuesta pasar por alto ofensas es que tenemos una actitud exageradamente sensible o una tendencia a rumiar sobre lo que otros han hecho. Una forma de protegernos de este problema es verificar nuestra actitud a la luz de la Palabra de Dios.

La Carta de Pablo a los Filipenses contiene una fórmula excelente para examinar nuestras actitudes durante un conflicto. Aparentemente, Pablo había oído que dos seguidoras de Jesús en Filipos estaban teniendo una discusión. Como parte de su carta abierta a la iglesia de esa ciudad, Pablo dedicó tiempo a instar a estas dos amigas a buscar la paz:

Ruego a Evodia y también a Síntique que se pongan de acuerdo en el Señor. Y a ti, mi fiel compañero, te pido que ayudes a estas mujeres que han luchado a mi lado en la obra del evangelio, junto con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

Alégrese siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrese! Que su amabilidad sea evidente a todos. El Señor está cerca. No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Por último, hermanos, consideren bien todo lo verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo digno de admiración, en fin, todo lo que sea excelente o merezca elogio. Pongan en práctica lo que de mí han aprendido, recibido y oído, y lo que han visto en mí, y el Dios de paz estará con ustedes.

Filipenses 4:2–9

Pablo no explica cada acción que Evodia y Síntique tienen que hacer para arreglar sus diferencias. En cambio, se centra en los pasos que pueden dar para desarrollar una actitud correcta hacia su situación y entre sí. Pablo ha descompuesto sus instrucciones en cinco principios básicos, que usted también puede usar cada vez que esté involucrado en un conflicto.

1. *Alégrese siempre en el Señor.* Como siempre, Pablo nos insta a centrarnos en Dios al encarar un conflicto. Más aún, quiere que estemos centrados en Dios *alegremente*. Dándose cuenta de que podemos saltarnos este punto, Pablo lo repite: “Alégrese siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrese!”. ¿Qué habrá para regocijarse cuando uno está involucrado en una disputa? Si abre sus ojos y piensa en la exuberante bondad de Dios para con usted, ésta es la clase de adoración gozosa que podría ofrecerle, aun en medio del peor conflicto:

Oh, Dios, ¡eres tan asombrosamente bueno para conmigo! Enviaste a tu único Hijo a morir por mis pecados, incluyendo los que he cometido en este conflicto. ¡Gracias a Jesús estoy perdonado, y mi nombre está escrito en el Libro de la Vida! Tú no me tratas como lo merezco, sino que eres paciente, amable, bondadoso y perdonador conmigo. Por favor ayúdame a hacer lo mismo con los demás.

En tu gran misericordia eres también bueno para con mi oponente. Si bien me ha agraviado repetidamente, tú le ofreces tu perdón como lo haces conmigo. Aun cuando él y yo jamás nunca nos reconciliemos en esta vida —aunque es algo que aún espero que podamos lograr—, tú ya has hecho la obra para reconciliarnos para siempre en el

cielo. ¡Este conflicto es tan insignificante comparado con la maravillosa esperanza que tenemos en ti!

Este conflicto es tan pequeño comparado con las muchas otras cosas que estás atendiendo en este momento, pero igualmente quieres caminar a mi lado mientras intento resolverlo. ¿Por qué habrías de inclinarte para prestarme tanta atención? Es demasiado maravilloso para que yo lo entienda. Eres magnánimo en lo que me das. Me ofreces la consolación de tu Espíritu, la sabiduría de tu Palabra y el apoyo de tu iglesia. Perdóname por descuidar estos poderosos tesoros hasta ahora, y ayúdame a usarlos para agradarte y honrarte.

Me regocijo en que estos mismos recursos están disponibles para mi oponente. Por favor permítenos tomar de ellos juntos, de forma que podamos ver nuestros propios pecados, recordar el evangelio, encontrar un terreno común a la luz de tu verdad, ponernos de acuerdo contigo y entre nosotros, y restablecer la paz y unidad entre nosotros.

Finalmente, Señor, me alegro porque este conflicto no ha ocurrido por accidente. Tú eres soberano y bueno, así que sé que estás obrando a través de esta situación para tu gloria y para mi bien. No importa lo que haga mi oponente, tú estás obrando para conformarme a la imagen de tu Hijo. Por favor ayúdame a cooperar contigo de todas las formas posibles y a darte gloria por lo que has hecho y estás haciendo.

Todas estas bendiciones —la salvación a través de evangelio, la motivación y el poder para cambiar, una sólida orientación a través de la Palabra y el Espíritu de Dios, los recursos del Cuerpo de Cristo, las oportunidades que vienen a través de un Dios soberano— están disponibles cuando usted está “en el Señor”. Pero recuerde que Satanás no quiere que usted piense así; él quiere mantenerlo preocupado por su conflicto, ensimismado y mirando a cualquier parte menos a Dios. ¡Resístalo! Acuda al Señor repetidamente en oración y adoración, y deléitese en su bondad para con usted. Se sorprenderá por la libertad y el poder que trae este regocijo.

2. *Que su amabilidad sea evidente a todos.* El segundo paso para desarrollar una actitud adecuada hacia el conflicto es “que su amabilidad sea evidente a todos” (ver Gálatas 6:1, 2). La palabra griega que se traduce como “amabilidad” en este pasaje tiene un significado rico. Significa ‘benigno, longánimo, amable, cortés, considerado, generoso, indulgente, moderado. En resumen, está describiendo una cualidad que es lo contrario de la irritabilidad, grosería y aspereza’.²⁴

Ser amable en medio del conflicto es una forma poderosa de transmitir gracia a otros, especialmente cuando su comportamiento es “evidente a todos”. Esta amabilidad refleja la presencia y el poder de Cristo en su vida, y esto lo honra a Él. También lo protege de hablar y actuar severamente, lo que sólo empeora las cosas. Finalmente, su amabilidad podría producir el Resultado de Oro y alentar un comportamiento similar en su oponente.

La amabilidad es especialmente apropiada si la persona que lo agravió está sufriendo una presión fuera de lo común. En ese caso, el daño que le hizo a usted puede ser un síntoma de un problema más profundo. Al responder de una forma amable y compasiva, usted podrá ministrar poderosamente a la otra persona. Fue lo que hizo un día conmigo mi hija Megan. Estaba teniendo problemas en el ministerio y descargué mi ansiedad en mi familia hablándoles de forma irritada. Pronto estaban todos caminando sobre huevos tratando de evitarme. Luego de observar mi comportamiento pecaminoso por un rato, Megan se me acercó y me preguntó amablemente: “Papá, ¿hay algo que te está

molestando? No eres tan gruñón normalmente”. Su tono de voz transmitía una preocupación tan sincera por mí que me derretí. Le dije lo que me estaba pasando en el corazón y reconocí que había estado mal en tratar a todos tan duramente. Ella apoyó su mano en mi brazo y me dijo: “Te perdono, papi. ¿Podemos orar?”. ¡Qué forma tan hermosa de ministrar a mis ansiedades y ayudarme a cambiar de actitud!

3. *Reemplace la ansiedad por la oración.* El tercer paso para desarrollar una actitud piadosa hacia el conflicto es deshacerse de pensamientos ansiosos. Cuando Pablo escribe: “No se inquieten por nada” (“por nada estén angustiosos”, *Reina-Valera 1960*), no está hablando de preocupaciones triviales. La palabra griega que traducimos como “inquietud” o “angustia” significa ‘cargado con preocupaciones y problemas, presionado, comprimido, cargado, bajo presión’. Este tipo de sentimientos tienden a multiplicarse cuando estamos en medio de una disputa, especialmente si involucra a una persona que es importante para nosotros o si hay temas importantes en juego.

Pablo sabía que no podemos simplemente dejar de estar ansiosos. Los pensamientos de preocupación tienen su forma de introducirse en nuestra mente, no importa cuán fuertemente intentamos ignorarlos. Por lo tanto, él nos dice que *reemplacemos* la preocupación por “oración y ruego... [y] peticiones”. Cuando usted se encuentra en una disputa, es natural hacer hincapié en sus propias circunstancias difíciles o en las cosas incorrectas que la otra persona ha hecho o podría hacerle. La mejor forma de vencer este pensamiento negativo es reemplazarlo por pensamientos más constructivos, como alabar a Dios por su gracia a través del evangelio, agradecerle por las muchas cosas que ya ha hecho por usted en esta y en otras situaciones, y orar pidiendo su ayuda para tratar con sus desafíos actuales (ver Mateo 6:25–34).

Al recordarse a sí mismo la fidelidad de Dios en el pasado y aliarse con Él hoy, descubrirá que su ansiedad va siendo reemplazada continuamente por seguridad y confianza (ver Isaías 26:3). De hecho, recordar la fidelidad de Dios y agradecerle por su liberación en el pasado era una de las principales formas en que los israelitas vencían sus temores cuando se enfrentaban a problemas abrumadores (ej: Salmos 18, 46, 68, 77, 78, 105, 106, 107, 136; Nehemías 9:5–37).

Cuando usted se centra en Dios a través de la oración, puede comenzar a experimentar algo que no parece lógico: La hostilidad, ansiedad y conflicto interno con los que usted ha estado luchando comenzarán a dar lugar a una paz tan inesperada que Pablo dice que “sobrepasa todo entendimiento”. Si bien esta paz podría ser sólo interna al principio (“cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús”), a menudo se convertirá en una paz externa –o reconciliación– que también sobrepasará la comprensión de quienes hayan estado observando su conflicto. Cuando Dios obra en su pueblo, empiezan a pasar cosas que no tienen sentido para el mundo. ¡Qué forma maravillosa de captar la atención de las personas y traer alabanza a Dios!

4. *Vea las cosas tal como son.* A medida que reemplace la ansiedad por la oración, estará listo para seguir la cuarta instrucción de Pablo, que es desarrollar una visión más precisa de los demás. Si usted responde al conflicto como la mayoría de las personas, tenderá a centrarse en las características negativas de la persona que discrepa con usted, exagerando sus faltas y pasando por alto sus virtudes. Cuanto más distorsionada se vuelva su perspectiva, más probabilidades tiene de imaginar lo peor acerca de la otra persona, lo que puede llevarlo a juzgar incorrectamente sus valores, motivos y acciones. Una perspectiva negativa también puede llevar a la amargura, que se caracteriza por dar vueltas sobre la herida y pensar en lo poco que usted la merece.

La mejor forma de vencer esta tendencia es pensar deliberadamente en aspectos de los demás que son verdaderos, respetables, justos, puros, amables, dignos de admiración, excelentes o que merezcan elogio (ver Filipenses 4:8). Pablo no está diciendo que debemos pensar *sólo* en las buenas cosas de los demás, porque entendía claramente la necesidad de encarar el pecado y alentar el arrepentimiento (Gálatas 6:1, 2; Colosenses 3:16). Más bien, Pablo nos está enseñando a contrarrestar nuestra tendencia natural a centrarnos *sólo* en lo malo de quienes se oponen a nosotros.

Este cambio de perspectiva no es algo natural para la mayoría de nosotros. Requiere una decisión deliberada, seguida de perseverancia. Si usted desplaza su enfoque hacia cosas positivas, podrá experimentar el principio descrito en Proverbios 11:27: “El que procura el bien buscará favor; mas al que busca el mal, éste le vendrá.” (*Reina-Valera 1960*). Si usted busca algo malo en otra persona, generalmente podrá encontrarlo. Por otra parte, si usted busca lo bueno, probablemente lo encuentre también, y luego cada vez más cosas buenas.

Al recuperar una visión más equilibrada de la otra persona, a menudo encontrará que le resulta más fácil pasar por alto ofensas menores. Yo he experimentado este proceso muchas veces en mi matrimonio. Un día Corlette dijo algo que realmente me dolió. No recuerdo lo que dijo, pero recuerdo haber salido al jardín unos minutos después para barrer hojas. Cuanto más pensaba en lo que ella había dicho, más profundamente me sumergía en la autoconmiseración y el resentimiento. Estaba acumulando segundo a segundo, listo para entrar en la casa y mostrarle lo equivocada que estaba. Pero entonces Dios trajo Filipenses 4:8 a mi mente.

¡Ah, pensé, no tiene nada de respetable, puro o amable la forma en que me está tratando ella! Pero el Espíritu Santo no quería darse por vencido. El versículo no quería irse; seguía resonando en mi mente. Finalmente, para sacármelo a Dios de encima, concedí de mala gana que Corlette era una buena cocinera. Esta pequeña concesión abrió la puerta a un torrente de pensamientos acerca de las buenas cualidades de mi esposa. Recordé que mantiene una hermosa casa y practica una maravillosa hospitalidad. Siempre ha sido amable para con mi familia, y nunca perdió una oportunidad para compartir el evangelio con mi padre (que terminó por confiar en Cristo sólo dos horas antes de morir). Me di cuenta de que Corlette siempre ha sido pura y fiel, y recordé cuánto me apoya aun durante tiempos difíciles en mi trabajo. Cada vez que puede, asiste a los seminarios que doy, sonriendo y apoyándome durante horas del mismo material (y siempre dice que aprendió algo nuevo). Es una maravillosa consejera, y ha ayudado a cientos de niños. ¡Y hasta empezó a viajar de mochilera porque sabía que a mí me encantaba! Me di cuenta de que la lista de sus virtudes podría seguir sin parar.

Dentro de minutos mi actitud hacia ella se dio vuelta por completo. Vi su comentario ofensivo como lo que era: una falla momentánea e insignificante en una persona que, aparte de esto, era maravillosa. Dejé el rastrillo y entré, pero no para descargar una tormenta de resentimiento y críticas. Para sorpresa de ella, le di un enorme abrazo y le dije qué contento me sentía de estar casado con ella. La conversación que siguió llevó rápidamente a una cálida reconciliación.

Aun si un cambio de enfoque no le permite pasar por alto cada ofensa, a menudo puede ayudarlo de otras dos formas. Primero, al recordar lo que tiene de bueno la otra persona, a menudo se dará cuenta de cuánto perderá si sus diferencias no se resuelven. Muchos matrimonios, amistades y relaciones comerciales se pierden porque las personas se centran exclusivamente en un punto de desacuerdo y se olvidan de todo lo que han disfrutado

mutuamente. Recordar lo bueno puede brindar la motivación que se requiere para resolver las dolorosas diferencias que separan temporalmente a las personas.

En segundo lugar, el proceso de centrarse en lo bueno de los demás puede generar el Resultado de Oro. Su visión negativa de las personas aparecerá de una forma u otra, y llevándolas a responder de la misma forma. A la inversa, al centrarse en lo bueno de la otra persona y reconocer abiertamente esas cualidades, ella podrá comenzar a hacer lo mismo a cambio. Al lograr evaluaciones más precisas de cada uno y al desarrollar una mejor voluntad hacia la otra persona, ambos tendrán una mayor libertad para encarar sinceramente y de una manera realista sus diferencias. Esto aumentará su capacidad para dejar de lado problemas y ofensas imaginarios y prestar la atención debida a áreas de desacuerdo genuino. Cuando ambos pongan su atención y energía en menos temas, mejor definidos, tienen una mayor probabilidad de encontrar soluciones factibles. Como se dijo antes, el avance en los temas personales que los dividen generalmente abrirá el camino para progresar en los temas materiales.

5. *Ponga en práctica lo que ha aprendido.* La instrucción final de Pablo a Evodia y Síntique (y a nosotros) es a la vez directa y alentadora: “Pongan en práctica lo que de mí han aprendido, recibido y oído, y lo que han visto en mí, y el Dios de paz estará con ustedes”. Pablo sabía de lo que estaba hablando cuando se trataba de conflictos. Tuvo que tratar con conflictos y oposición intensos durante su estadía con los cristianos de Filipos (ver Hechos 16:16–40), así que lo habían visto en acción. Había enseñado y demostrado cómo encarar las disputas, pero entendía nuestra tendencia humana de ser oidores antes que hacedores de la Palabra. Por lo tanto, exhortó a estas mujeres y al resto de la iglesia de Filipos a poner su conocimiento en práctica. En caso contrario, todo lo que sabían era en vano.

La instrucción de Pablo se aplica igualmente a la vida de *usted*. Cuando se encuentre distanciado de otra persona, especialmente cuando esa persona dice ser seguidora de Jesús, no alcanza con simplemente estudiar la Biblia. El conocimiento no es verdadero conocimiento (en un sentido bíblico) a menos que lo ponga en práctica. Al usar los principios de Dios para verificar su actitud y hacer los cambios necesarios, se sorprenderá cuántas veces puede pasar por alto ofensas y experimentar la verdad contenida en la maravillosa promesa de Dios: “el Dios de paz estará con ustedes”.

Evalúe el costo

Otra forma de evitar conflictos innecesarios es considerar el costo del conflicto no resuelto. Los conflictos generalmente son mucho más costosos que lo que esperamos. Las disputas no resueltas pueden consumir grandes cantidades de tiempo, energía y dinero, dejándolo a uno emocionalmente y espiritualmente agotado. Lo peor de todo es que, mientras el desacuerdo está sin resolver, existe el potencial de mayor daño a una relación. Esta es una de las razones de la orden de Jesús de arreglar disputas con los demás lo más rápidamente posible: “Si tu adversario te va a denunciar, llega a un acuerdo con él lo más pronto posible. Hazlo mientras vayan de camino al juzgado, no sea que te entregue al juez, y el juez al guardia, y te echen en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que pagues el último centavo” (Mateo 5:25, 26).

Los conflictos no resueltos pueden llevar a distintos tipos de “cárceles”, y pueden exigir pagos que nunca anticipamos. Además de robarle tiempo, propiedades o dinero, los conflictos prolongados pueden dañar sus relaciones y destruir su reputación. También

puede encarcelarlo en un calabozo de autoconmiseración, resentimiento o amargura. Tal como indican los versículos que preceden la advertencia de Jesús (vv. 21–24), la hostilidad continua puede destruirlo por adentro y alienarlo de Dios (ver Salmos 73:21, 22). Además, la ansiedad y el pensamiento negativo generados por los conflictos pueden desbordarse y dañar a personas que están cerca de usted, como su familia o compañeros de trabajo.

Es demasiado fácil no tomar en cuenta estos costos cuando estamos realmente enfrascados en una disputa. Por esta razón necesitamos hacer un esfuerzo consciente para contabilizar los costos del conflicto al inicio de una disputa y compararlos con los beneficios de arreglar la cuestión rápidamente. Una vez me pidieron que ayudara a cuatro socios en la división de los bienes de un negocio. Uno de los hombres quería mucho más que lo que los otros tres estaban dispuestos a darle. No era creyente, y dejó en claro que no participaría en un proceso de negociación o mediación. Si no podía conseguir lo que quería, estaba plenamente dispuesto a ir a juicio. Durante varias semanas los otros socios se rehusaron firmemente a ceder ante sus demandas. Cuando me reuní con los tres y les pregunté por qué no querían arreglar, me dijeron: “No es sólo el dinero; lo que importa son los principios”.

En respuesta, les pregunté: “¿Cuánto les está costando este principio? ¿Cuánto tiempo ya han perdido de su negocio, y cuánto más tiempo perderán si se lleva a cabo el juicio? Lo más importante, ¿qué efecto ha tenido este conflicto en ustedes personalmente y en sus familias?”.

Hubo una larga pausa, y entonces uno de los socios sacó su calculadora. Luego de unos teclazos, dijo: “Diría que ya hemos dedicado cinco mil dólares de nuestro tiempo a este asunto, y un juicio nos podría costar fácilmente diez veces eso”. Otro socio reconoció que no había estado durmiendo bien por las tensiones creadas por el conflicto. También aceptó que su actitud crítica le había creado problemas con su esposa y sus hijos. El tercer socio concordó.

Cuando estos tres hombres sumaron el verdadero costo de su disputa y lo compararon con el costo de arreglar el asunto, vieron que lo más sabio era arreglarlo lo más rápido posible. Si bien les resultó difícil hacerlo en ese momento, uno de ellos me dijo luego que dos semanas después del arreglo estaba completamente libre del asunto. “Cuando miro hacia atrás”, dijo, “me cuesta entender por que no arreglamos este asunto mucho antes. Ahora me doy cuenta de que no valió la pena haber tenido todas estas peleas

¿Y los “derechos”?

Algunas personas se resisten a pasar por alto ofensas y arreglar disputas argumentando: “Yo tengo mis derechos, y no sería *justo* dejar que se salga con la suya tan fácilmente”. Cada vez que escucho este comentario de un cristiano, le pregunto: “¿Dónde pasaría usted la eternidad si Dios administrara una justicia que no estuviera mitigada por la misericordia?”. La respuesta es obvia: Todos estaríamos condenados al infierno. Afortunadamente, Dios no nos trata como merecen nuestros pecados. Para quienes han confiado en Cristo, Él es compasivo y misericordioso, y espera que nos tratemos entre nosotros de la misma forma. Como enseñó Jesús: “Sean compasivos, así como su Padre es compasivo” (Lucas 6:36; ver Miqueas 6:8; Mateo 5:7; Santiago 2:12, 13).

Lo cierto es que podría ser en realidad *injusto* a los ojos de Dios ejercer ciertos derechos. Mucho de lo que es legalmente permisible hoy no está bien cuando se lo ve desde una perspectiva bíblica.

Como notó el juez de la Suprema Corte Antonin Scalia:

Lo que es legal no siempre está bien. Confundir ambos conceptos es especialmente fácil para los que hablamos en inglés, porque usamos la palabra “right” para referirnos tanto a la legalidad como a la corrección moral... Decimos “Tengo *derecho* a reclamar la Quinta Enmienda y rehusarme a contestar preguntas acerca de una posible actividad criminal, aun cuando las consecuencias de ejercer ese “derecho” puedan hacer que una persona inocente sea condenada. Ejercer dicho derecho ciertamente esta mal.¹²⁵

Muchos conflictos surgen o empeoran porque las personas usan sus derechos incorrectamente. Por ejemplo, los líderes de iglesia pueden usar su autoridad despóticamente, o los miembros pueden usar los estatutos de la iglesia para manipular a toda una congregación. A veces es posible evitar obligaciones o responsabilidades morales invocando la falta de evidencia (“Di mi palabra, pero no hay nada por escrito”) o la caducidad de las acciones legales (“Lo he perjudicado, pero es demasiado tarde para que se queje”). Otros sacan fortunas de los menos poderosos haciendo cumplir rígidamente derechos de contrato o ventajas comerciales. Además, algunas de las cosas que los empleados y empleadores pueden hacer por ley hoy son inconsistentes con enseñanzas bíblicas relacionadas con el lugar de trabajo.

Cuando el ejercicio del derecho le permite eludir una responsabilidad moral o sacar provecho injusto de otros, usted no ha actuado justamente a los ojos de Dios, independientemente de lo que un tribunal pueda decir. Por lo tanto, siempre trate de ejercer sólo aquellos derechos que resistirían un análisis legal y celestial simultáneamente. El principio básico a seguir en todo momento es “en todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes” (Mateo 7:12).

Dios podría llegar a pedirle que renuncie a un derecho que estaría justificado moralmente y legalmente. Una forma de imitar su misericordia es mostrar simpatía, amabilidad y compasión hacia alguien que está necesitado, aun cuando no lo merezca (ver la parábola del Buen Samaritano, Lucas 10:30–37). Otra forma de hacerlo es abstenerse de ejercer derechos legítimos y así liberar a otros de sus obligaciones (ver la parábola de Siervo Injusto, Mateo 18:21–35). La Biblia está llena de ejemplos de este tipo de misericordia que lleva a una renuncia voluntaria de derechos.

Abraham renunció a sus derechos y dio a su sobrino, Lot, la primera opción de la tierra cuando se asentaron en Canaán (Génesis 13:5–12). José no ejerció su derecho de llevar a sus hermanos a la justicia por secuestrarlo y venderlo como esclavo (Génesis 50:19–21). El rey David escogió no castigar a Simí por maldecirlo cuando huía de Absalón (2 Samuel 16:5–12; 19:19–23; ver Éxodo 22:28). Pablo renunció a su derecho a un apoyo financiero de la iglesia de Corinto (1 Corintios 9:3–15). Además, una vez renunció a su derecho a un juicio justo y por lo tanto fue azotado (Hechos 16:22–24). Jesús no ejerció su derecho a estar exento del impuesto del templo (Mateo 17:24–27) y declinó llamar a legiones de ángeles para que lo rescataran de los judíos (Mateo 26:53, 54). Lo más importante es que voluntariamente declinó su derecho a la justicia permitiendo que lo crucificaran como sustituto por los hombres pecaminosos (1 Pedro 2:22–25).

¹ Nota del traductor: La cita original pone en evidencia los dos sentidos de la palabra “right” en inglés: “derecho” y “correcto”.

Por otra parte, la Biblia enseña que a veces corresponde ejercer nuestros derechos, hablar a otros acerca de sus errores y hacer que se hagan cargo de sus responsabilidades. Por ejemplo, luego de que Pablo fuera azotado en Filipos, hizo valer sus derechos e insistió en que las autoridades civiles se disculparan por su conducta injusta (Hechos 16:35–39). En otras ocasiones, Pablo hizo valer rápidamente sus derechos como ciudadano romano para evitar ser azotado y también para asegurarse una apelación de su caso (Hechos 22:25–29; 25:11).

Según indican estos ejemplos, hay ocasiones en que corresponde hacer valer sus derechos, así como hay veces en que deberíamos dejarlos de lado voluntariamente. ¿Cómo saber cuándo hacer cada cosa? La primera Carta de Pablo a los Corintios nos da un principio rector. En ella Pablo trata varios derechos acerca de los cuales los corintios estaban preocupados, incluyendo derechos legales (6:1–8), derechos maritales (7:1–40), derechos dietéticos (8:1–13; 10:23–33) y los derechos de los apóstoles (9:1–18). Concluye su discusión acerca de los derechos con palabras que consideramos anteriormente:

En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios. No hagan tropezar a nadie, ni a judíos, ni a gentiles ni a la iglesia de Dios. Hagan como yo, que procuro agradar a todos en todo. No busco mis propios intereses sino los de los demás, para que sean salvos. Imítenme a mí, como yo imito a Cristo.

1 Corintios 10:31–11:1

Aquí, nuevamente, el concepto de la mayordomía sirve como un principio rector útil. Los derechos no son algo que uno merece y posee para su propio beneficio. Más bien, son *privilegios* dados a usted por Dios, y Él quiere que los use para la gloria de Él y para el beneficio de otros, especialmente ayudándolos a conocer a Cristo. Como mayordomo, es también apropiado que considere sus propias necesidades y responsabilidades personales (Filipenses 2:3, 4). Por lo tanto, cada vez que aparezca una cuestión acerca de sus derechos, usted debería hacerse preguntas como éstas:

- “Ejercer mis derechos, ¿honraré a Dios, mostrando el poder del evangelio en mi vida?”.
- “Ejercer mis derechos, ¿hará avanzar el reino de Dios, o hará avanzar sólo mis intereses a costa de su reino?”.
- “Ejercer mis derechos, ¿beneficiará a otros?”.
- “Ejercer mis derechos, ¿es esencial para mi propio bienestar?”.

Un estudio de los ejemplos mencionados arriba muestra cómo vivieron el principio de la mayordomía muchos personajes de la Biblia. Pablo renunció a su derecho al apoyo financiero “con tal de no crear obstáculo al evangelio de Cristo” (1 Corintios 9:12). Cuando permitió que lo azotaran las autoridades de Filipos y luego insistió en que se disculparan, los alarmó y les recordó vívidamente su responsabilidad de administrar justicia correctamente (Hechos 16:36–38). Esto probablemente los llevó a actuar más cuidadosamente en el futuro, lo cual sería de beneficio para la incipiente iglesia de Filipos (Hechos 19:35–41; 22:22–29). Asimismo, cuando Pablo afirmó sus derechos como ciudadano romano a no ser azotado, a defenderse en una corte y a apelar su caso ante el

César, estaba asegurándose la oportunidad de llevar el evangelio a los gentiles y de testificar acerca de Cristo en Roma (Hechos 9:15, 16; 22:25; 23:11; 25:11).

De forma similar, la deferencia de Abraham hacia Lot impidió un conflicto que habría deshonrado a Dios a los ojos de quienes los rodeaban (Génesis 13:5–10). La misericordia de José hacia sus hermanos reunió a la casa de Israel y le permitió crecer hasta alcanzar grandes números (Génesis 50:19–21; Éxodo 1:6, 7). Cuando David mostró misericordia a Simí, demostró perdón y reconciliación a un Israel desgarrado por la guerra y desalentó a sus seguidores de vengarse de otros (2 Samuel 19:22, 23). Jesús renunció a su derecho de estar exento de pagar el impuesto del templo para no ofender a los judíos y generar distracciones innecesarias en su ministerio (Mateo 17:27). Trascendiendo todos estos ejemplos, la decisión de Jesús de renunciar a sus derechos en el Calvario le permitió llevar a cabo su misión de salvación y salvar a todos los que pusieran su fe en Él (1 Pedro 2:22–25; ver Isaías 53:1–7; Filipenses 2:5–11).²⁶

Al ejercer o dejar de lado sus derechos con el reino de Dios en mente, todas estas personas atrajeron la atención hacia la bondad y el poder de Dios, le trajeron alabanza, ensancharon el alcance último del evangelio y buscaron el bien de los demás. Esto debería ser nuestra meta también. En muchos casos será preferible que renunciemos a nuestros derechos a fin de impedir conflictos innecesarios que desvirtuarían nuestro propósito diario de servir a Cristo y extender el evangelio. Pero en otros casos la mejor forma de promover el reino de Dios será hacer valer nuestros derechos. Por ejemplo, insistir en sus derechos podría, en algunos casos, ser la mejor forma de ayudar a que otros aprendan que son responsables por sus decisiones y deben “enfrentar el castigo” por sus errores (Proverbios 19:19). Esta rendición de cuentas podrá ayudarlos a darse cuenta de que un día tendrán que responder ante Dios. Tal vez usted necesite también ejercer ciertos derechos para mantener a su familia u otras personas que dependen de usted.

Al sopesar sus intereses y responsabilidades personales, cuídese de no torcer el concepto de mayordomía para su ventaja. He visto a muchos que creen que la mayordomía significa *preservar* todo lo que tienen. Por lo tanto, se rehúsan a dejar de lado ningún derecho o a sacrificar cualquier propiedad en bien de la paz. Jesús condena este concepto; Él no quiere que acumulemos o gastemos nada para nuestro propio placer y conveniencia. En cambio, quiere que invirtamos nuestros recursos sabiamente y obtengamos la máxima ganancia para su reino (Mateo 25:24–27). Esto ciertamente significa proteger nuestros derechos y bienes de decisiones que supongan un *despilfarro*, pero también significa usarlos voluntariamente en emprendimientos espiritualmente provechosos. Así como la semilla debe ser sacrificada para producir una cosecha, nuestros derechos personales y bienes materiales deben ser a veces entregados para sembrar el evangelio y producir una cosecha espiritual (Juan 12:24–26).

El principio de renunciar a los derechos para promover el reino de Dios quedó ilustrado en uno de mis primeros casos de reconciliación. Eduardo trabajaba para una agencia del gobierno. Como nuevo creyente, estaba entusiasmado por su salvación y quería tener un testimonio positivo para Cristo entre sus compañeros de trabajo. Eduardo y su supervisora, Juana, nunca se habían llevado bien, en parte porque Eduardo continuamente intentaba decirle como manejar el departamento de ella. El entusiasmo de él por Cristo la provocó aún más. A medida que su frustración hacia Eduardo crecía, Juana le daba tareas especialmente difíciles, aun cuando sabía que él tenía problemas de espalda. Con el tiempo, él se lesionó la espalda y tuvo que dejar el trabajo durante varios meses. Si bien recibió algunos beneficios por discapacidad, Eduardo perdió varios miles de dólares por salarios no

percibidos y gastos médicos adicionales. Como resultado, le hizo juicio a Juana y a la agencia.

Para cuando Eduardo me vino a buscar, había vuelto al trabajo y el juicio estaba avanzando lentamente por el sistema judicial. Durante nuestra primera conversación identificamos varias formas en las que él había contribuido al conflicto con Juana. Al ver su propia falta más claramente, Eduardo comenzó a considerar arreglar el juicio aceptando los cinco mil dólares que la agencia le había ofrecido unos días antes. Si bien los daños y perjuicios excedían esa cantidad, su abogado le aconsejó aceptar el arreglo. Por otra parte, varios de sus amigos estaban alentándolo a exigir más dinero o seguir con el litigio.

Unos días después, Eduardo me sorprendió al decirme que iba a desistir del juicio sin aceptar la oferta de arreglo. Cuanto más había reflexionado sobre su propia culpa en el asunto, menos cómodo se sentía con aceptar dinero de la agencia. Al mismo tiempo, había concluido que el desistir de su derecho a la restitución sería una forma efectiva de demostrar la misericordia y el perdón que él mismo había recibido de Dios.

La mañana siguiente, Eduardo fue a hablar con Juana. Reconoció que había sido irrespetuoso, arrogante y grosero, y le pidió perdón. Ella pareció sospechar de sus motivos y no dijo mucho en respuesta. Eduardo explicó luego que él la había perdonado por ordenarle mover cajas pesadas y que estaba desistiendo del juicio. Finalmente dijo que esperaba restaurar su relación y aprender a trabajar juntos en el futuro.

Con más sospechas que nunca, Juana le preguntó por qué lo estaba haciendo. Él contestó: “Porque me convertí en cristiano un año atrás, y Dios está ayudándome, lentamente, a tratar con varias de mis fallas, incluyendo las que contribuyeron al problema que tuvimos nosotros. Dios me ha mostrado también que su amor y perdón por mí son absolutamente gratuitos, y no puedo hacer nada para ganarlos ni merecerlos. Ya que ha hecho esto por mí, decidí que quiero actuar de la misma forma hacia ti”.

Asombrada por su respuesta, Juana masculló algo como: “Ah, ya veo. Hagamos borrón y cuenta nueva. Gracias por venir”.

Si bien la respuesta de ella no era exactamente lo que había esperado Eduardo, salió de su oficina sabiendo que Dios lo había perdonado y que al menos le había dado a Juana un atisbo de ese perdón. Eduardo descubrió pronto que ella estuvo contando a otros acerca de la reunión que habían tenido. Al día siguiente un representante del sindicato que había dado todo su apoyo en el juicio contra Juana confrontó lo confrontó y le preguntó si realmente había desistido del juicio. Cuando Eduardo le dijo que sí, el hombre preguntó: “¿Es cierto que lo hiciste porque eres cristiano?”. Él le volvió a decir que sí, y el entrecejo fruncido del hombre se convirtió en una mirada de perplejidad. Al alejarse el hombre, Eduardo escuchó que le decía a una persona que estaba observando: “Vaya, esta es la primera vez que he visto que a un cristiano su fe le haya costado algo”.

Como ondas en un estanque, la noticia de lo que había hecho Eduardo se difundió por todo el departamento. Unos días después, dos colegas le pidieron encontrarse a la hora del almuerzo una vez por semana para hablar sobre la Biblia. Más tarde, otros compañeros de trabajo le hicieron preguntas sobre su fe. Por primera vez desde su conversión, Eduardo sintió que estaba realmente ayudando a las personas a saber acerca del amor de Dios.

Si bien Juana siguió tratándolo duramente en ocasiones, Eduardo aprendió a someterse a su autoridad y a usar sus provocaciones como oportunidades adicionales para mostrar la obra de Dios en su vida. Cuando fue reemplazada unos meses después, no había ninguna duda en la mente de Eduardo acerca de quién había arreglado para que tuviera un jefe más agradable y solidario.

Tres años después le pregunté a Eduardo si había lamentado su decisión de renunciar al arreglo. “No”, me contestó, “fueron los mejores cinco mil dólares que haya gastado jamás. Dios usó esos sucesos para llevar a varias personas a Cristo. También me ayudó a superar algunos pecados importantes de mi vida. Sólo deseo haberlo arreglado más rápidamente”.

Resumen y aplicación

Hay muchos conflictos que requieren mucho tiempo y esfuerzo para resolverse. Pero hay muchísimos más que pueden ser resueltos simplemente pasando por alto ofensas menores o renunciando a derechos por el bien del reino de Dios. Por lo tanto, antes de centrarse en sus derechos, déle una cuidadosa mirada a sus responsabilidades. Antes de ir a quitar la paja en el ojo de su hermano, pregúntese: “¿Realmente vale la pena pelearnos por esto?”.

Si usted se encuentra involucrado actualmente en un conflicto, estas preguntas lo ayudarán a aplicar los principios presentados en este capítulo.

1. Defina los temas materiales en este conflicto.
2. Defina los temas personales en este conflicto.
3. ¿Cuáles temas personales están teniendo la mayor influencia en usted? ¿Y en su oponente?
4. ¿Qué ha hecho la otra persona que lo haya ofendido?
5. Verifique su actitud:
 - a. ¿Acerca de qué puede regocijarse en el Señor con relación a este conflicto?
 - b. ¿Ha sido usted amable, o irritable y grosero hacia los demás? A partir de ahora, ¿de qué forma podría hacer que la amabilidad de Cristo sea más evidente para los demás?
 - c. ¿Acerca de qué cosas ha estado preocupado o ansioso? ¿De qué forma Dios se ha mostrado como amoroso, poderoso y fiel para con usted en conflictos o dificultades anteriores? ¿Qué cosas le gustaría que hiciera o lograra Él a través de este conflicto?
 - d. ¿Qué tiene de bueno la persona con la que usted está en conflicto? ¿Que aspectos de las preocupaciones de esa persona son correctos? ¿Tiene algún recuerdo bueno de su relación con ella? ¿De qué forma Dios lo ha ayudado a través de esa persona?
 - e. ¿Qué principios que se enseñan en la Biblia le resultan más difícil de practicar en esta situación? ¿Aplicará usted esos principios? ¿De qué forma?
6. ¿Qué efecto está teniendo o probablemente tenga esta disputa sobre
 - a. su testimonio a favor de Cristo?
 - b. su vida familiar?
 - c. su ocupación?
 - d. sus finanzas o propiedades?
 - e. sus amistades?
 - f. su relación con Dios?
 - g. su servicio en su iglesia y su comunidad?
7. Considere sus derechos:

- a. ¿Qué derechos legales podría ejercer usted en esta situación? ¿Estaría moralmente bien hacerlo?
 - b. ¿Qué otros derechos podría ejercer usted? ¿De qué forma el *ejercer* esos derechos podría glorificar a Dios, promover su reino, beneficiar a otros y beneficiarlo a usted? ¿De qué forma el *desistir* de estos derechos podría glorificar a Dios, promover su reino, beneficiar a otros y beneficiarlo a usted?
8. ¿Cuáles de las ofensas descritas en la pregunta 4 puede usted simplemente pasar por alto? ¿De qué forma el pasarlas por alto podría agradar y honrar a Dios?
 9. ¿En cuáles de los temas materiales descritos en respuesta a la respuesta 1 puede usted simplemente ceder?
 10. Anote en su cuaderno, delante el Señor, una oración basada en los principios aprendidos en este capítulo.